

TÍTULO: La bailarina de Lizzie

Londres, 1891

Era una bonita noche de otoño en Londres, fría pero con un cielo despejado donde brillaban las estrellas.

La entrada al Royal Albert Hall en aquella noche era un hervidero de actividad donde se veían calesas que llegaban, coches de punto y botones contratados que indicaban a los recién llegados hacia donde tenían que dirigirse para llegar sus butacas y palcos. También, como era habitual en Londres, se veían niños voceando los periódicos de la tarde y limpiabotas ofreciendo sus servicios. Como Charles Dickens había dicho era el maravilloso bullicio de Londres».

Aquella noche no era una noche cualquiera. Se iba a celebrar en el Royal Albert Hall un concierto muy especial que se llevaba esperando desde hace seis meses. Cuando se anunció el concierto y por eso era tan esperado se dijo que la orquesta Royal Philharmonic de Londres, dirigida por Edward Elgar a la batuta, presentaría varias piezas adaptadas para orquesta por una joven compositora que en cinco años había logrado asombrar a toda Inglaterra con unas composiciones creadas por ella para arpa y que ella misma había bautizado como pequeñas piezas. La compositora se llamaba Lizzie Ingram. Lizzie se encontraba en su camerino donde siempre insistía en que antes de un concierto no la molestase nadie. Aquel día, para ella era especial por varios motivos: el primero, que la orquesta la iba a dirigir Edward Elgar, el compositor que con su música la había cautivado, alentándola a convertirse en compositora. Amaba la música de Edward Elgar tanto como a su arpa, a la que había dedicado todo su tiempo desde los quince años, pese a que todos a su alrededor le decían que era muy joven para tocar un instrumento como ése.

El segundo, eran todas las personas famosas que iban a estar en el concierto, entre ellas la princesa Alice, de ocho años, nieta de la reina Victoria, y su abuela, la duquesa de Albany. A la princesa Alice le pareció interesante, sobre todo la pieza más popular que había compuesto Lizzie Ingram. Era la pieza que Lizzie más apreciaba de todo su repertorio y que ella había titulado La bailarina de Lizzie. Lizzie nunca la había tocado para la orquesta. Se encargó de adaptarla para que sonase el arpa de forma musical. La presentaría con el propio Edward Elgar, con el que Lizzie se había escrito, arribando finalmente el ansiado momento.

Mientras esperaba en su camerino, Lizzie se acercó donde había dejado las dos cartas que había llevado con ella aquella noche. Dos cartas que significaban mucho, por las personas que las escribieron. Con ellas en la mano, se sentó a leerlas. La primera era de Edward Elgar y decía así:

A la atención de la señorita Lizzie Ingram.

Señorita Ingram, tengo el orgullo de escribirle esta carta para comunicarle la admiración que siento por usted y por la música. Su música está llena de emoción. Cuando he tenido la oportunidad de escucharla me ha impresionado, también cómo ha tocado el arpa. Estoy muy interesado en hacer un concierto para la Royale Philharmonic Orquesta en el que interpretaríamos una selección de sus temas. Usted tocaría el arpa, acompañada por la orquesta. Las piezas estarían adaptadas por mi expresa aprobación y, además, en el concierto estaría muy interesado en que usted tocara una pieza mía, adaptándola para arpa. Se trata de mi primera sinfonía. No tengo duda de que usted le daría un toque mágico. También que tocara la pieza del concierto que tanto le gusta, su famosa «Bailarina de Lizzie». Dígame qué le parece.

Sin más dilación, un admirador.

Lizzie plegó aquella carta y la puso en el sobre. Edward Elgar era el compositor más importante de todo el imperio de la reina Victoria. Después cogió la segunda carta y empezó a leerla. Decía así:

A la atención de la señorita Lizzie Ingram.

Señorita Ingram, tengo que escribirle esta carta para felicitarle por sus maravillosas composiciones. Para mi hija Alice, de todas ellas, la favorita es la «La bailarina de Lizzie». Gracias sobre todo a esa pieza, mi hija Alice se ha aficionado a la música. Debo decirle que mi hija ahora da clases de música. Gracias. La reina Victoria quiere que todos sean cultos y también sepan sobre el arte de la música.

La reina Victoria le ha regalado a mi hija Alice varios juguetes. Son cajas de música, todas distintas, donde suena su pieza «La bailarina de Lizzie». A veces mi Alice pone las veinte cajas de música todas a la vez para hacer como que escucha a las veinte bailarinas juntas, todas vestidas de la misma forma dentro de las cajas de música.

Hace pocos días mi hija Alice recibió otro regalo de la reina Victoria. Un regalo tan especial que su majestad tuvo que sentarla en un sillón. El juguete que le había regalado Victoria a su hija era único. Una mansión inglesa en versión «caja de música con multitud de habitaciones y todas llenas de muñecas. Lo más increíble del juguete es que tiene música y todas las muñecas de la casa, cuando empieza a sonar «La bailarina de Lizzie», escuchan la música. El juguete es tan increíble que me puse a buscar por todos los lados el nombre de la compañía que lo había creado y en el suelo de la planta baja de la casa de muñecas encontré unas letras que decían: <<Rochester Toys Company. Londres». Me pareció interesante ya que los juguetes Rochester son los más famosos de Inglaterra y para mi hija Alice habían creado un juguete único ya que luego me dijeron que era un juguete especial dedicado a mi hija.

Duquesa de Albany.

En aquel momento la compañía de juguetes ya no se llamaba Rochester Toys Company, sino Ingram Toys Company. En todas las páginas de todos los periódicos se hablaba de la pieza y en todos los programas de los conciertos donde Lizzie actuaba, La bailarina de Lizzie era presentada por Yohn Ingram y Lizzie Ingram.